

Terreno Común Que No Es Neutral

En los dos estudios anteriores hemos visto que la necesidad de presuponer la verdad revelada de Dios con el objetivo de alcanzar el conocimiento de cualquier cosa – desde la composición química del agua hasta el camino de la salvación – no genera (1) una arrogancia irracional, y tampoco (3) priva al no creyente de un conocimiento del mundo. Una tercer acusación en contra de la posición epistemológica del presuposicionalismo Cristiano es que excluye la discusión significativa y la argumentación exitosa con los no Cristianos. Supuestamente un presuposicionalista niega que haya algún terreno común entre los creyentes y los no creyentes, y así el apologista no tendría ningún punto de contacto con el no creyente y ninguna base sobre la cual podría comunicar ideas.

Una respuesta apropiada a esta línea de ataque requiere que tomemos en cuenta (1) al Dios a quien representamos, (2) el pecador a quien le hablamos, y (3) el contexto en el cual razonamos con él.

El Señor Dios es el *Creador* del cielo y de la tierra (Gén. 1:1); nuestro entendimiento debiese comenzar aquí. Él lo ha hecho *todo* (Éxo. 20:11; Neh. 9:6; Sal. 104:24; Isa. 41:24); “en Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles” (Col. 1:16a). Todos los hombres son Su creación, el rico y el pobre (Prov. 22:2). “Todas las cosas ha hecho Jehová *para sí mismo*” (Prov. 16:4): “todo fue creado por medio de él y para él” (Col. 1:16b). Su dominio soberano se extiende sobre todas las cosas en el mundo. Él hace todas las cosas según Su consejo (Efe. 1:11), y cada minuto del día le pertenece a Él (Sal. 74:16). Él posee todo en la creación, y toda faceta de la vida debiese servirle. “De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo y los que en él habitan” (Sal. 24:1); Dios declara “todo lo que hay debajo del cielo es mío” (Job 41:11; cf. Gén. 14:19; Éxo. 9:29; Deut. 4:39; 20:14; etc.). Como confesó Rahab “Jehová vuestro Dios es Dios arriba en los cielos y abajo en la tierra” (Jos. 2:11); así pues, la grandeza, el poder, la gloria, la victoria y la majestad son suyas, pues *todo* lo que hay en los cielos y en la tierra son Su posesión (1 Crón. 29:11). El gobierno soberano de Dios se extiende hasta los confines de la tierra (Sal. 59:13), sobre toda alma (Eze. 18:4), en todas las generaciones (Éxo. 15:18; Sal. 10:16; 145:13; 146:10). Por lo tanto, el Dios que creó todas las cosas rige sobre todo (Sal. 103:19).

En este caso todo lo que hay en el ámbito de lo creado debe servir, y ser usado para servir al Señor Creador: “Porque de él, y por él, son todas las cosas” (Rom. 11:36). No hay ni una pulgada cuadrada del mundo, ni una fracción de segundo, que no dependa de Dios, que no sea controlado por Dios o que no le sirva. Por ende, al hombre se le manda que haga *todo* lo que hace para la gloria de Dios (1 Cor. 10:31); se requiere que nuestros cuerpos sean sacrificios vivientes en el servicio a Dios (Rom. 12:1). De hecho, todo lo que hacemos, sea de palabra o de hecho, llega a encontrarse bajo este mandamiento. Incluso el uso de nuestra razón o de nuestras mentes debe hacerse según la dirección de Dios y para Su gloria (2 Cor. 10:5), pues su dominio soberano abarca las áreas de la sabiduría y el conocimiento (Col. 2:3). Así vemos que literalmente es verdad que en *todas las cosas* Dios ha de ser glorificado (1 Pedro 4:11). Debido a que todo y todas las áreas son creadas por Dios nada queda exceptuado del requerimiento de ser consagrado, o puesto aparte, para Él – debemos ser santos en “toda nuestra manera de vivir” (1 Ped. 1:15).

La conclusión de esta línea de pensamiento es poderosamente evidente: no puede haber *ningún terreno neutral* entre el creyente y el no creyente, entre la obediencia y la rebelión, entre respetar y abusar de lo que pertenece a Dios (i.e., todo). “Ninguno puede servir a dos señores” (Mat 6:24); “el que no es conmigo, contra mí es” (Mat. 12:30). Por lo tanto, no hay área en el mundo, en el pensamiento, en palabra, o en hecho que sea irrelevante, indiferente o neutral hacia Dios y Sus demandas. El Cristiano debe reconocer este hecho mientras trata con el no creyente. No hay tema que pueda discutir que carezca de implicaciones religiosas o que esté libre de compromisos religiosos. No existe ninguna zona “desmilitarizada” entre el campo de la incredulidad y las fuerzas obedientes a Cristo. Dios lo posee todo o nada. Todas las áreas de la vida y todos los hechos son lo que son debido al decreto soberano de Dios, y así no hay lugar al que el hombre pueda huir para escapar de la influencia, control y requerimientos de Dios. En el mundo de Dios la neutralidad es imposible.

Además, Dios no solamente ha creado todas las cosas para sí mismo, y no solamente gobierna sobre toda área, sino que se revela a Sí mismo de manera persistente y universal a todos los hombres. Dios nunca se ha dejado a sí mismo sin testimonio (Hechos 14:17). Ningún hombre puede afirmar ignorancia de su Creador, pues Dios mismo se ha dado a conocer manifestándose a todo hombre (Rom. 1:19). De hecho, sus atributos invisibles son claramente visibles por medio del mundo creado (Rom. 1:20). Entonces aquí, una vez más, debemos concluir en que no puede haber *ningún terreno común*, ninguna área que deje de ejercer una presión revelacional sobre el pecador. Dondequiera que mire el pecador se encuentra a sí mismo confrontado por el Dios con quien tiene que habérselas. No puede haber una zona de seguridad donde el pecador pueda huir para refugiarse. Si lo hubiera, el pecador se quedaría allí permanentemente para escapar de su Hacedor. Pero no hay escape de Dios (Sal. 139:7-8).

De modo que el Cristiano debiese esforzarse para traer a los pensadores incrédulos a darse cuenta plenamente del reclamo exhaustivo de Dios sobre ellos. El Dios del universo, universalmente sustentador, universalmente reinante y universalmente revelador no le ha otorgado a la creación – ni puede – ni siquiera la más mínima área de neutralidad. Por consiguiente, el creyente se equivoca al buscar (y presumir encontrar) un tema que no desafíe al no creyente con las demandas presuposicionales que hemos discutido en los estudios previos. La esperanza de que tal tópico o hecho neutral pudiera llegar a ser el punto de partida para un argumento que progresivamente convenza al no creyente de la verdad de la palabra de Dios (pulgada a pulgada) es algo inútil. Cristo es el Señor incluso en el mundo del pensamiento. Ningún hecho, área de conocimiento o sabiduría, deja de revelar Sus requerimientos y manifestar Su control soberano. El punto de partida para el entendimiento no es la neutralidad sino la reverencia al Señor.

Las consideraciones anteriores no solamente establecen que no existe *ningún terreno neutral* entre el creyente y el no creyente, sino que también existe un *terreno común siempre presente* entre el creyente y el no creyente. Lo que debe tenerse en mente es que este terreno común es *el terreno de Dios*. Todos los hombres tienen en común el mundo creado por Dios, controlado por Dios y que revela a Dios constantemente. En este caso, *cualquier* área de la vida o *cualquier* hecho pueden usarse como punto de contacto. La negación de la neutralidad asegura, en lugar de destruir, la base para lo que es común.